

Jesús Lasanta Ruiz-Navarro (Logroño, La Rioja, 1924)

(1941-1942) 4ª Compañía. Regimiento I/269º.

Toda mi familia es y ha sido carlista. Ya antes del año 1936 yo frecuentaba círculos requetés e incluso hice labores de propaganda. Durante la contienda se alistaron voluntarios en los distintos tercios de requetés mis tres hermanos y mi hermana, ésta última como margarita enfermera. Yo me moría de ganas por ir y me alisté en noviembre de 1937 al Tercio de Lácar con doce años y medio; me dejaron enrolarme porque físicamente parecía bastante más mayor. Puede que yo haya sido el combatiente más joven que hubo en la guerra de España. Mis padres se opusieron a que yo fuera al frente y me reclamaron varias veces pero eso me daba igual. Hice labores de enlace, que son muy arriesgadas. Mi primer destino fue Teruel, en cuya reconquista participé, y luego estuve en la batalla del Ebro, en las acciones bélicas que se dieron en la Sierra de Espadán y, por último, en la toma de Cataluña. Cuando se creó la División Española de Voluntarios también me enrolé porque, ante todo, soy anticomunista. Es cierto que en la División la mayoría eran falangistas y una minoría éramos carlistas; son conocidos los enfrentamientos y las discrepancias políticas que falangistas y carlistas teníamos, sobre todo en la retaguardia, no tanto en el frente. Por eso, el otro día discutí con un señor en la presentación de un libro que hablaba todo el rato de la «División Azul». Yo le dije que aquello fue la División Española de Voluntarios contra el comunismo, porque si hubiera sido exclusivamente la División Azul yo no hubiese ido.

Como decía, me alisté a la División para luchar contra el comunismo. Me apunté en Logroño y me destinaron a la 4ª Compañía del Regimiento I/269º, que era de ametralladoras. La mayor parte de los de mi compañía eran chicos jóvenes de Madrid sin experiencia bélica anterior. Incluso el teniente mío, Francisco Escudero, era egresado de lo que se llamó «promoción del arco iris», que fue la primera promoción de oficiales que salió después de haber concluido la Guerra Civil. Yo creo que de mi compañía el único que había estado luchando en la guerra del 36 había sido yo. Mi coronel fue Martínez Esparza, que tenía un genio de mil demonios y

nos llamaba «el batallón de las señoritas», porque la mayoría de los que lo componían eran estudiantes jóvenes, aunque luego tuvo que rectificar cuando vio cómo nos comportamos en Possad, por ejemplo. Salimos de Burgos y fuimos hasta Irún en tren, luego paramos en Grafenwöhr a hacer instrucción. Allí algunos hicieron un juramento de fidelidad al Führer, pero mi compañía no porque el día de la jura cayó una granizada tremenda y se suspendió, de todas formas no hubiera jurado nada, no juré ni la bandera de España como para jurar la de Alemania. Luego cruzamos Polonia a pie y llegamos en tren hasta Novgorod. Relevamos a los alemanes el día 12 de octubre, día de la Virgen del Pilar, en la aldea de Podberesje. Primero cruzó el río Volchov el Regimiento II/269º, conocido como “Batallón Román” en honor a su comandante. Luego nos tocó a nosotros; recorrimos a pie cinco kilómetros hasta llegar al borde del río y, antes de cruzar, me dijo el teniente que me bajase a la orilla y chillara a ver si había alguien de los nuestros esperándonos al otro lado. Pegué unos cuantos gritos y no contestó nadie. Cruzamos, entonces, el río en unas barcas que habían dejado los alemanes preparadas y al llegar a la otra orilla, ya zona de combate, vinieron a nuestro encuentro cuatro o cinco compañeros. Avanzamos, pues, hasta llegar a los cuarteles de Dubrovka, que eran unas construcciones muy sólidas de ladrillo construidas en la época zarista y que proporcionaba a los rusos una muy alta capacidad defensiva. Al cabo de dos días se dio la orden de ataque sobre los cuarteles al Batallón de Reserva Móvil 250, que estaba formado en su mayoría por legionarios, pero no se pudo tomar. Se intentó asaltar aquellos edificios con ametralladoras y con fusilería pero no podías hacer nada, ellos estaban muy bien guarnecidos y también tenían nidos de ametralladoras y lanzallamas. Hubo un soldado español, recuerdo, que llegó hasta casi la puerta, pero fue porque estaba un poco sordo y no oyó la orden de retirada; por suerte pudo volver a tiempo y salvó la vida. Después de esto fuimos tres días a descansar a Staraja Rusa, donde coincidimos con un batallón de zapadores; después otras unidades de mi regimiento tomaron Possad y allí se establecieron para continuar el ataque más adelante, ataque que nunca pudo realizarse por la resistencia soviética. Entonces nos mandaron a mi sección al monasterio de Otensky de cobertura, porque este monasterio estaba a

medio camino entre el río Volchov — el punto inicial— a Possad —el punto más avanzado—.

El monasterio era cuadrado y estaba al lado de una pequeña carretera; enfrente de ese convento teníamos una pareja de soldados tumbados y haciendo guardia con un fusil ametrallador. Pero como los rusos iban de blanco y se las sabían todas, nos cogieron por sorpresa y nos atacaron; mientras oíamos por radio la inauguración de Radio Nacional de España en La Coruña nos metieron dos bombas de mano por una de las ventanas del monasterio y estallaron dentro. Fue una suerte que justo en esa estancia no había nadie. El teniente Escudero vino hacia mí y me dijo: «Vámonos para arriba que a nosotros aquí no nos joden». Así que me fui con el teniente a Possad, que estaba a unos tres kilómetros del monasterio y que era una aldea con veinte casas rodeada de bosque. Nada más llegar al destino se hizo de noche, en cosa de media hora. En aquella posición vimos que había muchos heridos, entre ellos un chico, Martínez de la Cuesta se llamaba, que llevaba las tripas fuera y estaba muy mal. Como los heridos había que evacuarlos solo por la noche y ya había anochecido vino el teniente y nos ordenó a un cabo y a mí que bajáramos a este chico al puesto de socorro. Este cabo que había de acompañarme en esa tarea era torero, le apodaban «El Argandeño», y resulta que había estado al mando de una ametralladora y habían matado a todos los sirvientes de la máquina menos a él. Cogimos al herido y lo llevamos al puesto de socorro, que era una especie de chabola muy baja. Pues nada más llegar allí un proyectil de la artillería rusa pegó en el tejado del caseto; a mí la metralla me hizo tres agujeros pequeños en la tripa y al cabo que venía conmigo le hizo polvo uno de los pies. Me curaron allí mismo porque las heridas no revestían gravedad. Esto fue el día 12 de noviembre. El día 14 vino el comandante de nuestro batallón, Tomás García Rebull, que recuerdo que era tartamudo, con un sidecar y yo le estuve ayudando dándole a los pedales del aparato para volver a ponerlo en funcionamiento. Al parecer había venido para coordinar los ataques de una pieza de artillería nuestra que habían conseguido pasar a este lado del río, que ya estaba congelado, por cierto. Sobre todo nos hostigaban la artillería y los morteros; aviación había poca. Había unos aviones que, cuando pasaban por encima de nosotros, se quedaban en silencio como si apagarán los motores y era entonces cuando

soltaban las bombas. Yo era enlace del teniente y mi cometido era, por ejemplo, decirle a los sirvientes de las ametralladoras cómo debían hacer el tiro, según las órdenes del oficial: que hicieran el fuego más cruzado, más lento, más rápido, etc. Había veces que veíamos a los rusos de lejos, entre los árboles, si íbamos por ejemplo a hacer nuestras necesidades en zonas más apartadas. El día siguiente, día 15 de noviembre, por la noche, aquello se puso muy feo, porque estábamos casi cercados, y opté por llevarme la munición disponible a otra posición más retirada. Cogí una caja de municiones, junto a un chico andaluz, y empecé a andar por un claro. Entonces vi llegar una bengala, y es que los rusos siempre tiraban una bengala antes de soltar un mortero para guiar el tiro. Y entonces vi venir claramente hacia mí un proyectil; yo me arrodillé en el suelo y puse la caja de munición delante. La granada de mortero estalló y destruyó la caja; me quedé con la cinta de tela colgando en la mano derecha. La metralla me había destrozado la mano y parte del antebrazo diestro. Al chico andaluz que iba conmigo ya no supe si lo hirieron o si lo mataron. Cuando en diciembre mi compañía se retiró de Possad quedaron solo dieciocho supervivientes; el teniente y diecisiete más. Me evacuaron, entonces, a un hospital de la retaguardia, donde me pusieron una inyección, y luego en un tren que iba tirado por camiones me llevaron hasta otro hospital, luego en avión hasta Riga y de Riga al hospital de Königsberg. Volví a España en abril de 1942 cuando ya me dieron el alta por la mejoría de mis heridas.

Ya en España colaboré activamente con los círculos requetés, que estaban muy enfrentados a Franco porque éste no había llevado a cabo una serie de promesas que les había hecho a los generales carlistas, entre ellos a Mola y Sanjurjo. De hecho, el general Varela había hecho un comunicado en este sentido y yo me dediqué a repartir pasquines de noche con ese contenido por comercios y viviendas, pero me pillaron unos serenos y me denunciaron. Al día siguiente vinieron a mi casa y me detuvieron por ofensas al Jefe del Estado. Me llevaron a un calabozo y yo pedí ser llevado a la prisión del Gobierno Militar por ser mutilado de guerra. Accedieron y en esa prisión pasé dos meses. Después, me hicieron un consejo de guerra en el Salón de Banderas del Regimiento Bailén en el que me pedían veintidós años de cárcel y cien mil pesetas de multa, que en 1942 era una auténtica salvajada. Mi defensor, un comandante artillero llamado Garrigosa, muy

astutamente me preguntó si yo había jurado bandera y si me habían leído los que me habían detenido el Código Penal Militar. Yo le dije que no a las dos cosas; era la verdad. Esto fue lo que argumentó Garrigosa en el juicio y se quedó todo en ocho días de arresto. Otra vez, a la salida de la misa por los Mártires de la Tradición en Logroño, mientras la banda de música interpretaba el «Oriamendi» yo grité: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España! ¡Viva el rey Javier!». Entonces se acercó uno de la Policía Armada y me detuvo, me llevó a un cuartel de infantería y allí me rapó el pelo al cero. Luego me hicieron otro consejo de guerra pero aquel quedó en nada. Es cómico pero después de haber luchado en dos guerras y ser mutilado nunca llegué a jurar bandera...

Y así 49 testimonios más con fotos y mapas